

James Iffland

**USOS Y ABUSOS
ENSAYOS SOBRE EL
DESTINO SOCIAL
DEL *QUIJOTE***

Editorial Universidad de Alcalá
Instituto Universitario de Investigación “Miguel de Cervantes”

2023

ÍNDICE

PROEMIO	11
AGRADECIMIENTOS.....	35
NOTA ACLARATORIA.....	37
CAPÍTULO I. Sobre el destino social de <i>Don Quijote</i> : literatura e interpelación ideológica.....	41
CAPÍTULO II. Ver para creer: la retórica de la ilustración gráfica en la historia de <i>Don Quijote</i> ...	89
CAPÍTULO III. “La gran aventura”: Don Quijote, León Felipe, Che Guevara.....	153
CAPÍTULO IV. Don Quijote y el intelectual disidente: algunas reflexiones sobre <i>Don Durito de la Lacandona</i> del Subcomandante Marcos	173
CAPÍTULO V. De clásico a Biblia, y de Biblia a marca registrada: el largo viaje de <i>Don Quijote</i>	195
CAPÍTULO VI. A otro perro con esos huesos: reflexiones sobre el cervantismo osteológico	239
CAPÍTULO VII. Donde el lugar de la Mancha no está: reflexiones sobre la interdisciplinaridad como diálogo de sordos	253
CAPÍTULO VIII. “In un placete de La Mancha of which nombre no quiero remembrearme”: Anatomía sociopolítica de una causa célebre cervantina.....	293

CAPÍTULO IX.	
El cervantismo como praxis social en la era Neo-Post: ¿nos estamos engañando?	317
CAPÍTULO X	
Exorcizando la “prosa satánica” de Cervantes (con una apostilla sobre el delirio hermenéutico)	331
CAPÍTULO XI.	
<i>Ladrones de tinta: el misterio de Avellaneda como whodunit</i>	343
CAPÍTULO XII.	
¿Don Quijote para <i>dummies</i> ? Reflexiones sobre las adaptaciones de Arturo Pérez-Reverte y de Andrés Trapiello	369
CAPÍTULO XIII.	
Don Quijote y Sancho a dieta: apostillas críticas sobre el arte, o malas artes, de abreviar	393
CAPÍTULO XIV.	
Anatomía de un apodo: el “Manco de Lepanto” ante los estudios sobre la discapacidad	427

PROEMIO

La génesis del presente tomo ha sido larga. Comenzó a finales de los años ochenta y se ha prolongado hasta el verano del 2022, cuando terminé de redactar el último ensayo incluido. La preocupación general que vertebra todos estos ensayos nació cuando llevaba yo casi una década enseñando el *Quijote* en la Universidad de Boston. Mi modo de acercarme a la obra maestra cervantina, tanto en mis clases como en mis incipientes proyectos de investigación, había sido fuertemente influido por las prácticas que presencié por primera vez en las clases de J. Richard Andrews en la Vanderbilt University en el otoño de 1968. Como he señalado en otras partes, Andrews enfatizaba el meticuloso análisis textual, siguiendo las pautas marcadas por la llamada escuela de *close reading* que, tras su lanzamiento por críticos y estudiosos ingleses como I. A. Richards y William Empson, dominaba gran parte de los estudios literarios en los Estados Unidos en las décadas de los cincuenta y sesenta. Entre sus adeptos más importantes figuraban Cleanth Brooks, William K. Wimsatt, John Crowe Ransom, Robert Penn Warren y Allen Tate¹.

En gran medida su enfoque se guiaba por la noción de la “autonomía” del texto literario, cuyo estudio exigía poner de lado toda una serie de factores y preocupaciones tales como la “intención” del autor, la génesis de composición, el contexto sociocultural, la historia de la recepción, etc. El texto (o bien la “obra”) se estudiaba como “objeto estético”, desvinculado de todo lo que lo “rodeaba”, prestando marcada atención a cuestiones formales, estilísticas y

¹ Cabe notar que varios de los mencionados tenían conexiones directas con la Vanderbilt University, habiendo estudiado y/o enseñado ahí. Debo señalar, como nota aparte, que Andrews también fue profesor muy querido de Carroll B. Johnson y Tom Lathrop, quienes estudiaron con él en la U.C.L.A. antes de su llegada a Vanderbilt. Los tres reconocíamos que fue Andrews quien nos lanzó a los caminos del cervantismo.

semánticas, todo con el objetivo de llegar a conclusiones basadas exclusivamente en evidencia textual concreta.

Esta corriente crítica se desarrollaba de forma paralela al formalismo ruso, los aportes de la Escuela de Praga y el incipiente estructuralismo francés, todos los cuales tendían a acercarse (con notables variantes) al texto literario “en sí”, en aislamiento; esto es, como *sistemas* cuyas reglas, cuya manera de funcionar, había que desmenuzar con el cuidado de un muy hábil cirujano. El espíritu que regía muchas de estas corrientes partía, en gran medida, de premisas derivadas de la lingüística.

El mismo Andrews, tras haber estudiado con Américo Castro en Princeton, terminó concentrándose en gran medida en el campo de la lingüística, siendo el autor de una muy importante gramática del *nahuatl* clásico (que también estudié con él, por cierto)². La primera hora de clase que tomé con Andrews fue dedicada exclusivamente al análisis de la primera oración del *Quijote*. El impacto en mí, a los veinte años, fue extraordinario. *Una hora completa para analizar una sola oración...* Y el resto del curso siguió por el estilo: el lento, meticuloso desgranamiento de todos los maravillosos vericuetos del laberinto textual del *Quijote*, con el objetivo de entender el funcionamiento interno de este complejo *sistema* literario, y a partir de ahí, llegar luego a una sólida interpretación de la obra —eso sí, sin mencionar en ningún momento la vida de Cervantes ni otros elementos “externos”. Desde luego que no llegamos al final del *Quijote* en su totalidad; sin embargo, salimos del curso habiendo sido “entrenados” para ser buenos lectores del “texto en sí”.

Al empezar a dar mis propios cursos sobre el *Quijote* en el otoño de 1976, intenté seguir, en gran medida, el camino marcado por mi mentor, si bien habiendo estado expuesto al estructuralismo francés durante un año de estudio en la Universidad Autónoma de Córdoba (Argentina) como becario Fulbright. Hasta el día de hoy, he seguido en la misma línea, aunque influido también por otros enfoques con los que me he ido topando a través de las décadas, incluyendo los que se elaboran en las obras de Mijaíl Bajtín junto con otros acercamientos socioculturales e históricos. Entre ellos, reconozco el profundo impacto en mí de varias corrientes de la crítica literaria marxista (Macherey, Eagleton, Jameson...). En la medida de lo posible, no obstante, siempre me he mantenido plegado, lo más cercanamente posible, al análisis textual en sí. Cualquier aseveración sobre el *Quijote*, hecha por mí o por mis estudiantes, ha tenido que basarse en pasajes concretos del texto³.

² Ver su *Introduction to Classical Nahuatl* (2003).

³ Reconozco, sin rubor, que puede haber incidido en la génesis de esta actitud mi temprana educación luterana. Cualquier aseveración teológica debía de estar bien

Ahora bien, en un determinado momento, tras una década de docencia y de investigación, me empecé a dar cuenta de que todo este esfuerzo “texto-céntrico”, por así decir, terminaba nadando contra la corriente. La razón por la cual se producía esa sensación es que los estudiantes, casi sin excepción, iban llegando a clase con una imagen del *Quijote*, incluso con una *interpretación* de la obra, ya formada —*pero sin haber leído nunca la obra completa*. Es más, muchas veces sin haber leído nunca *ni una sola línea*... Gran parte del curso había que dedicarse al desmantelamiento de estas ideas preconcebidas. ¿Cómo era posible que llegaran con interpretaciones *ya hechas*?

La progresiva toma de conciencia sobre la paradójica condición del *Quijote* como una novela muy conocida e interpretada, pero sin haber sido leída, paulatinamente iba dando lugar a otro momento de iluminación, a saber: que el *Quijote* es *mucho más que un simple “libro”*, que tiene una *“vida” completamente independiente del mundo de las letras en sí*. Esto tiene algo que ver, desde luego, con su condición de “mito”, de “arquetipo universal”, como han sugerido unos cuantos, pero trasciende ese terreno también. En la medida que entraba yo más en el cervantismo, me fui dando cuenta de que el *Quijote* tenía una larga historia de haber sido utilizado en el ámbito de las contiendas políticas y sociales, y no solo en el mundo hispánico. Es más: las lecturas de la obra que impulsaban la apropiación del *Quijote* tenían sus puntos de arranque en posturas ideológicas completamente dispares *si no contrapuestas*. Se explicaba el fenómeno en parte por el capital simbólico-cultural que representa el *Quijote*, particularmente cuando pasó a ser considerado no solo una obra canónica de la literatura universal sino la “Biblia” de la civilización hispánica. Apropiarse de semejante capital cultural era una medida “lógica” para muchas corrientes políticas e ideológicas a través de la Historia moderna, fueran de derecha, de izquierda o del famoso “centro”.

Luego persistía, sin embargo, la gran pregunta: ¿cuál era el elemento o dimensión del *Quijote* que daba lugar a apropiaciones tan diferentes y hasta opuestas? Obras literarias que representan un gran capital sociocultural, hay muchas. Pero son pocas las que acaban suministrando “materia prima” para proyectos sociopolíticos tan divergentes. ¿Qué es lo que hay “*dentro de*” la novela que propicie el afán de utilizarla en esferas ajenas a lo estrictamente literario y qué es lo que está “*dentro de*” ella que genere apropiaciones tan dispares?

Resulta superfluo señalar que variantes de este fenómeno se dan en el proceso de recepción de la literatura en general. Sin embargo, las ramificaciones en el terreno de lo social y de lo político no son tan consecuenciales como lo son en el caso del *Quijote*. Lecturas de *Moby Dick* o de *Fortunata y Jacinta* o

fundamentada sobre pasajes específicos del texto bíblico.